

SOBRE LA LENGUA ESPAÑOLA Y EL HABLA CANARIA *

POR FRANCISCO MORALES PADRÓN

Un tanto apocalípticamente se ha vaticinado el futuro fraccionamiento de nuestro idioma. Los augures han previsto para él un fenómeno similar al del Latín y las lenguas románicas nacidas de aquél. Del español, se dice, surgirán un idioma argentino, boliviano, colombiano, cubano, dominicano..., etc. Es posible. Sin embargo, las circunstancias culturales de ahora no son las que imperaban hace mil años. Nuestra lengua, en efecto, es dueña de una gran diversidad y, también, de una sólida unidad. Ambas son compatibles. La diversidad se manifiesta en:

A) La posesión y uso de especiales vocablos nacionales o locales. Diversidad lexicológica, que se expresa en los mejicanismos, andalucismos, lunfardismos o cubanismos.

B) El significado distinto de una misma palabra (v. g. concha, coger).

C) Diversidad de pronunciamiento; es decir, diversidad fonética, manifiesta en el cececo, seseo, yeísmo, etc.

No habla igual un peruano que un ecuatoriano; un andino que un llanero; un hombre del campo que un hombre de la ciudad. Incluso no llegan a pronunciar igual hombres de una misma nación (un quinteño o un guayaquileño v. g.), de una misma región o de una misma ciudad. ¿Es grave esta diversidad? No. Sólo lo es en lo tocante al léxico. La diversidad nacional, regional o local no es incompatible con la unidad. Unidad de sistema fonemático, morfológico y sintáctico.

* Este ensayo fue expuesto en la sesión académica del 12 - I - 1979.

El peligro del fraccionamiento del idioma, del desarrollo de un español de América y un español de España; de un español de Uruguay y otro de Venezuela; de un español de Valladolid y otro de Canarias, etc., etc., no parece ser totalmente real. Porque, repito, no estamos como mil años atrás.

Hoy son más factibles las comunicaciones. Son más los que saben leer y escribir. Existe un substrato común en España con relación a América y en América con relación a España; un substrato básico para entenderse, expresarse, concebir la vida... Hoy tendemos a la unidad cultural. Esa unidad cultural que existió hasta el primer cuarto del siglo XIX, y que los nacionalismos de esta centuria agrietaron. Actualmente buscamos la unidad cultural o, mejor dicho, la subrayamos porque ella existe; en tanto que se hace difícil la unidad política o económica.

La uniformidad en el conjunto del idioma es mayor que las divergencias. Esta unidad nuestra es superior a la del inglés por lo que atañe a la relación lingüística entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, y mayor que la del portugués, por lo que se refiere a Portugal y el Brasil. Esta unidad nuestra implica comunidad espiritual, similitud de forma de ser.

No radica, pues, el peligro para nuestra lengua en esa enriquecedora variedad que permite un continuo acrecentamiento de su caudal lingüístico. Está el peligro en los extranjerismos, en los barbarismos, etc., que, sobre todo, los grandes medios de difusión (prensa, radio y televisión) siembran y difunden. Inconscientemente todos hemos aceptado o acoplado una serie de palabras innecesarias, pues teníamos su equivalente. Decimos *amateur* por aficionado; *affaire* por asunto; *boutique* por bazar; *debutante* por principiante; *handicap* por inconveniente u obstáculo; *manager* por preparador; *confortable* por cómodo; *suspense* por intriga; *cóctel* por combinación; *bouquet* por aroma; *film* por película; *show* por espectáculo; *récord* por marca; *slogan* por lema; *entrevistá* por entrevista; *shock* por choque, etc., etc. *

* Palabras extranjeras de uso cotidiano: *brand, boom, camping, clip, chance, disc-jockey, drug-store, flash, lobby, nigh-club, round, spot, sport souvenir, spray, self-service, sex appeas, short, stock, tour, ticket, etc.*

En otros casos, por ejemplo, los términos del deporte (en su mayoría norteamericanos), han pasado al lenguaje coloquial con uso metafórico. Hay países, en este sentido, donde se habla de *estrocar*, de *quetchear*, de *faicito*, de *picón*, etc.

La presencia o intromisión del inglés, mejor dicho, del norteamericano ha ocasionado en algunos grupos humanos de origen hispánico (Panamá y Puerto Rico, sobre todo) la adaptación, a través de la pronunciación figurada, de una serie de palabras como: *rufa*, *troca*, *marqueta*, *braun*, *cófi*, *tencén*, *tin*, etc., etc. Sorprendente resulta escuchar que se ha estado en un «*verináis*» (reunión) o «*llámame para atrás*» (telefonéame de nuevo). Son estas excrescencias las que destrozan nuestra lengua; o ciertos modismos que nos llevan a decir *O. K.*; manifestar que se pertenece a un clan *jai* o que se está *in*. Países como Cuba, hay que reconocerlo, que sufría muchas de estas notas, ha llevado a cabo una campaña ejemplar que ni siquiera la misma España ha realizado. Y con ello Cuba ha demostrado que corresponde a todos los hispanos parlantes velar por el idioma, ya que nadie es dueño exclusivo de él.

Nuestra lengua, bella lengua, está plagada, afeada, por antojadizas creaciones o corruptelas idiomáticas que brotan de manera espontánea como fruto de la novedad, de la ocasión, de las circunstancias. Algunas, como siempre ha sucedido, pasarán sin dejar rastro. Otras no. A éstas hay que reconocerlas como tales irregularidades o anormalidades y eliminarlas. No debemos decir: *Closet* por ropero, ni *constatar* por comprobar, ni *en torno* a por acerca o alrededor, ni *en base* a por basado en... Sobra *closet*, *constar*, *en torno a* y *en base a*...

La regulación de traducciones.

La regulación de las versiones en nuestra lengua de películas extranjeras.

El destierro de vulgarismos, idiotismos, extranjerismos y barbarismos, etc. pueden servir para reforzar nuestra unidad lingüística. Si el ideal de los habitantes es universalista —de comunidad— la lengua también será o deberá ser universal. Es necesario que hoy y en el futuro entendamos la prosa de Alfonso Reyes, aquí, en España o en Bolivia. Grave sería que en un futuro nuestro gran y único patrimonio literario tuvie-

ra que ser traducido a diversas lenguas surgidas de la que ahora usamos y nos une. La unidad de la lengua será fácil si mantenemos una cultura común.

Una veintena de pueblos hablan este idioma en el que me expreso, que es el medio para relacionarse de más de 200 millones de seres. De esta cifra total sólo 36 millones viven en España. La importancia mundial de nuestra lengua es significativa según las cifras aducidas. En la actualidad se observa un creciente interés por nuestro idioma derivado de su valor cultural y de su valor político. Valores que están, sobre todo, en la América Hispana.

La lengua es un producto de la historia. El futuro de América (muy importante históricamente) será también el de la lengua que ella use. Sería una torpeza desear o propiciar que nuestros modos de expresión fueran diversificándose y alejándose hasta engendrar otras lenguas. Decía el mejicano Alfonso Junco que nuestro idioma «tiene tal jerarquía y tal prestancia en el mundo, tal opulencia histórica y actual y potencial, que el intentar perderla sería casi de suicidas imbéciles. Nos toca defenderla, amarla, conocerla, prosperarla. Es tradición, espíritu, cultura, gloria nuestra. Es signo maravilloso para entenderse con más de veinte pueblos y con muchos millones de hombres... ¿Cabría en mente sana la aberración de despreciar el patrimonio admirable para dividirnos y empobrecernos y achicarnos en babeles aisladoras?».

No, contestamos nosotros.

Tenemos que seguir diciendo, como dijo un famoso especialista, que uno de los mejores escritores hispanoamericanos fue Cervantes y que uno de los mejores escritores españoles fue Martí.

La lengua, importante factor cultural, es uno de los elementos que sustentan la idiosincracia de un pueblo. Se puede ser distinto si se habla distinto. De ahí las diferencias que hay en este arrebato de autonomías entre unas regiones y otras de España. En las Islas Canarias la diferencia regional viene dictada o impuesta por la situación geográfica (lejanía y separación del cuerpo peninsular). Ello ha originado que en el ánimo canario se desarrolle un sentimiento similar al del criollo

americano. Se ha hecho, o hace, una exagerada exaltación del pueblo indígena (cuya presencia étnica y cultural es mínima) y se subrayan diferencias. Hay consciencia de que se descien- de de los peninsulares conquistadores (y de otras étnias ex- tranjeras), pero se abomina del peninsular actual que, como gobernante, funcionario o empleado, tipifica el olvido y la ex- plotación que la metrópoli ha proyectado sobre el Archipiéla- go. Antes, cuando un peninsular inadvertidamente llegaba a las Islas diciendo que «venía de España» originaba una pro- testa o un comentario corrector. Hoy no. Hoy se ha llegado a suscribir tal errónea afirmación. Sin embargo, esto es una ap- titud de minorías, aunque con influencia en la masa. Y aun- que la mayoría se sienta española y nada africana, no por ello deja de albergar cierto resentimiento hacia el peninsular re- presentante de una oficialidad u oficialismo que no contenta. Pero vayamos al hecho lingüístico.

Un reciente simposio en Las Palmas ha puesto de relieve el valor y significado del lenguaje usado por los canarios. Ha- bla caracterizada no sólo por el uso de una serie de palabras arcaicas, indígenas o modificadas, que permanecen incrusta- das en la parla isleña, sino por la entonación. La musicalidad, el deje, es algo que pregona nuestra condición de canarios cuando salimos fuera del Archipiélago. Es la nuestra una mu- sicalidad cautivadora, agradable para los extraños, y muy es- pecial en islas como La Gomera, Hierro o La Palma. Comprendo que bastantes canarias hayan «apresado» a más de un fo- rastero a base de sus armas lingüísticas.

Hay canarios que acentúan las características lingüísticas y fonéticas de su hablar para evidenciar su canariedad. Es un error. Tan chocante resulta un abuso del «mi niño» como la adopción de una pronunciación que se estima «peninsular». Entre mis recuerdos de niño está el problema de traducción y comprensión que originaban algunos canarios idos a com- batir a la Península durante la guerra de 1936-39. Al regresar no los entendía nadie en el pueblo. Pasado cierto tiempo todo retornaba a su cauce y el canario «apeninsularizado» volvía a expresarse en cristiano. En «castilla», como dicen los indios americanos. Todavía este fenómeno se sigue dando sin necesi-

dad de marchar fuera. Determinados canarios actuantes en medios de información (TV., radio, megafonía de aeropuertos, etc.) hacen gala de una pronunciación y entonación que nada tiene que ver con lo que han mamado y llevan en la sangre. Esta caracterización o distinción por la pronunciación sigue vigente y aún se considera como cursi decir *patata* en lugar de *papa*. Fenómeno este que nos parece no se observa tan agudamente en otras regiones. En Sevilla, v. g. pueden oírse las pronunciaciones de otras gentes peninsulares sin que extrañe o choque. En Canarias, no. El habla peninsular (se habla de *peninsular*, en general, sin distingos regionales) tiene cierto matiz de agresividad lingüística ante el cual el canario adopta una aptitud de silencio, aunque es bien cierto que el aumento de relaciones ha ido paliando esto.

Entiendo que una larga permanencia en el exterior pueda influir y atenuar, debilitar y hasta erradicar las notas del habla canario. Al igual que muchos peninsulares radicados en las islas llegan a adoptar las formas de dicho hablar. Sin embargo, la pérdida de la musicalidad o de la pronunciación no trae consigo el olvido de un manojito de palabras entrañables. Yo llevo 34 años fuera de mi isla, soy testigo de ello y he podido comprobar cómo en mi vocabulario afloran palabras y expresiones que aprendí de niño. Hace tiempo que me he tomado el trabajo de anotar lo que me parecía canario en mi lenguaje y, a título de curiosidad, me referiré a ello, ya que he comprobado cómo la gente joven canaria, por lo menos la urbana, no usan ciertos vocablos y no me han entendido cuando los empleaba, como no me ha entendido un camarero al pedirle «un vaso de agua *agria*» (mineral).

Algunas de tales palabras forman parte del caudal de nuestra lengua española, pero apenas se usan en el medio en que me muevo o se emplean con otro significado. Yo digo *albear*, *alongarse*, *amulado*, *atrabancos*, *atorrante* y *arrente*.

Cuando me formé profesionalmente supe que el atorrante vino de Buenos Aires, al igual que el dicho «Se fue para las Chacaritas» (uno de los cementerios boanerenses).

Todavía empleo *baña* (gordura abdominal), *baifo* (cabrito), *bombillo* (por bombilla), *balde* (por cubo), *bico* (por mohín

de llanto o puchero), *botar* (por arrojar), *cambado* (por torcido), *casal* (por par: «un casal de palomas»), *canelo* (por marrón), *campurrio* (por campesino o cateto al que también se le llama *mauro*) y *caminar*, mucho más poético que andar. De vez en cuando me brotan *empenicarse* (ponerse de puntillas), *enralar* (por entusiasmar), *enroñado* (por enfadado), *endrogado* (por endeudado), *engrifado* (por alborotado: «pelo engrifado»), *enguirrado* (encogido: «enguirrado de frío»), *enroscado* (por enhiesto: «un viejo enroscado»), *esconchabado* (por roto), *embriscarse* (por rebelarse).

Digo más *fósforos* que cerillas y *fonil* que embudo. Y a veces exclamo, ¡*Fos!* ante un mal olor. No llamo ya *fregaduras* a las sobras de la comida ni *flis* al líquido que mata insectos, aunque en Huelva y Sevilla haya oído tal denominación. Fue en Portugal donde supe el origen del flis, al ver una lata donde aparecía un soldado con quepis armado con el aparatoso aspersor del insecticida. Mantengo aún *fechillo* (por pestillo) y *flinifle* (por débil).

Si me descuido digo *garepa* (por viruta), *golisnear* (por husmear o curiosear), *jurria* (por montón), *jarca* (por grupo) y «le pego una *jaláa*» (paliza). A veces he llamado *maña* a una mala costumbre o hábito, *magua* a la tristeza, *machona* a una chica varonil y he considerado que alguien (o yo) se *majó* los dedos. Conducir es *manejar* para mí. He olvidado totalmente *mangrina* y *margullar* (bucear). Pero uso todavía *peninqué* (no perenquén) por salamanquesa, *perreta* (llantina), *privado* (contento) y *pírgano* (palo de la escoba), aunque quienes me rodean no sepan cuál es este objeto (salvo mi familia, que ha hecho suyas varias de estas palabras). Recuerdo, no lo uso, que decía «ir de pega» (en competición), «quedarse penado» (castigado) y *palanquín*. Sigo también manejando *ruín* («un niño ruín»), *rabioso* por enfadado, *relancia* (por relance) y *socate* para calificar un fruto (naranja) casi seco.

He olvidado *raña* (por roña), *rebenque*, *sálamo* (bozal), *solimpiar sopladera* (por globo), *tolete*, *totorota*, *tiros* (tirantes), *templar* (por probar la comida) y *tenique*, salvo estando en Canarias cuando aludo a «Nada hay como mi casa y mis tres teniques». Empleo habitualmente *tacha* (por clavo), *tira-*

fondo, *tuno* (por higo chumbo), *tupido* (atascado), *suai-suai* (despacio), *volador* (cohetes) y *virar* (por girar). Palabras como la última relacionada son de uso diario en Hispanoamérica. En la República Dominicana se ven letreros que rezan «Prohibido virar a la izquierda» o «Prohibido botar basura». En novelas de las Antillas, de Venezuela, y del Perú he encontrado palabras raras en el lenguaje peninsular y corriente en el canario.

Habitual en mí son las exclamaciones «Tiene o está con los ojos como cherne» (muy despierto), el *cherne* es un pescado seco típico en el sancocho canario; «Me cogió la camella» (me cogió el punto débil); «Se me fue el baifo»; «Va a haber mojo con morena»; «Hacer la pellita»; «Se hizo gofio», y «Si le digo, le engaño», que también me lo dijo o mí un chófer en La Habana no ha mucho cuando le pregunté por una dirección. He arrinconado «No tengo lugar» («no tengo tiempo»), «Mantener el sesto» (acompañar a alguien que corteja a una mujer), porque no me entienden. Al igual que en Hispanoamérica hago el diminutivo a base de la partícula *ito* y así me sale *viejito*, en lugar de viejecito y *limpito* en lugar de limpecito, etc.

Arcaísmos, modismos, deformaciones, malos usos, etc., aparecen en todo este vocabulario que se mantiene vigente o latente en mi habla. Desde lejos no puedo constatar qué uso cotidiano poseen aún tales palabras en el ámbito insular. Sospecho que casi total; por lo menos en el medio rural. Los hombres del campo son más conservadores, más tradicionales, aunque el embate de la TV y de las publicaciones periódicas pueden hacer mella como en tantos otros de la vida. Todavía debe de quedar quien diga *asina*, *cuyo*, *cuanti-más*, *dende*, *mesmo*, *naide*, *soslaire*, *truje*... Y, tal vez, haya quien llame a los huevos los *humildes*... *

* SIGNIFICADO DE ALGUNAS DE LAS PALABRAS CITADAS SEGUN EL DICCIONARIO DE LA LENGUA DE LA «REAL ACADEMIA»

Alongor: alargar.

Amularse: enfadarse.

Atrabancar: Andalucía: abarrotar, llenar.

Cambar: Argentina y Venezuela: torcer, encorvar.

Campurriano: De Campoo, comarca de Santander (¿Puede venir de ahí lo de campurrio?).

Enralecer: ponerse malo (Tal vez de enralecer venga *enralado*).

Endrogarse: México y Perú: Entramparse.

Engurriado: arrugado, encogido (Sin duda, por mala pronunciación en Canarias se ha convertido en *enguirrado*).

Esconzar. Del Latin *excomptiare*: descomponer (Es posible que tenga el mismo origen *esconchabado*, que significa roto en Canarias).

Fonil: Aragón: embudo.

Palanquin: ganapán, ratero.

Relance: Casualmente (En Canarias se ha convertido en *relancia*).

Tacha: clavo pequeño.

Tirafondo: tornillo grande (En Canarias es tornillo pequeño, que sólo se puede introducir con destornillador. Por tornillo se entiende el que tiene tuerca).

Sin pretensiones científicas, nuestros renglones tienen, simplemente, un valor anecdótico y testimonial. Quien se interese por el léxico de Canarias, puede consultar la obra de Pancho Guerra: *Contribución al léxico popular de Gran Canaria*. Tomo III de sus *Obras completas*. Las Palmas, 1977.